

Reseña:

Jan Mukařovský, *Función, norma y valor como hechos sociales*, Apostillas de Jorge Panesi, Buenos Aires, El Cuenco de Plata, 2011.

La hora de Mukařovský**Bernat Padró Nieto¹**

La recepción de los grandes teóricos del orbe soviético ha acostumbrado a producirse con retraso. Este es el caso de Jan Mukařovský, que pese a aparecer en la mayoría de las historias del pensamiento literario del siglo XX, apenas ha obtenido de la crítica la atención que sus trabajos merecen. Contra los prejuicios de considerar obsoleto el pensamiento del Círculo Lingüístico de Praga o, en el mejor de los casos, verlo como un capítulo de la historia de la teoría amortizado por Jakobson y el estructuralismo francés, la reciente publicación de *Función, norma y valor como hechos sociales* viene a poner en circulación su pensamiento, no como un ejercicio de arqueología, sino como una invitación a seguir pensando con él.

¹ **Bernat Padró Nieto** (1981) es profesor asociado de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada en la Universidad de Barcelona. Es licenciado en Filología Hispánica y en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada, estudios por los que recibió el Primer Premio Nacional a la Excelencia en el Rendimiento Académico Universitario. Obtuvo el Máster en Estudios Comparados de Literatura, Arte y Pensamiento por la UPF con la tesina: «El juego como autorrepresentación de Schiller a Gadamer. Historia crítica de una idea». Tiene en prensa los artículos «Rafael Sánchez Ferlosio: hacia una poética del 'pecio'» y «Fundamentos de teoría crítica en *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos* de Rafael Sánchez Ferlosio».

Estamos ante la primera edición argentina de este importante texto, que sin embargo tiene dos precedentes en el ámbito hispánico: se encuentra en la selección *Escritos de estética y semiótica del arte* que hizo de Jordi Llovet en 1977 y en la antología *Signo, Función y Valor* de Emil Volek publicada en el 2000. Respecto a esta última, la presente edición no añade nada: toma la misma traducción –sin editarla, pues mantiene notas al pie que remiten a textos ausentes en el volumen que comentamos–, y las «Apostillas» de Jorge Panesi reproducen con algún matiz los argumentos de Volek, a los que se añade un útil comentario al texto. La antología de Volek, muy crítica con las ediciones y las traducciones previas, viene a enmendar un olvido histórico. Pretende fijar los textos base del autor checo en el ámbito hispánico para su estudio todavía incipiente. El olvido de Mukařovský se debe, según Volek, a varios factores: las escasas y malas traducciones de sus textos –un caso paradigmático es la traducción del checo «siuzhet», que significa «la manera concreta como se presenta el texto narrativo», por el francés «sujet», asunto o tema–; el silenciamiento al que los teóricos franceses sometieron al estructuralismo checo; y el hecho de que Jakobson, que podría haber sido un agente transmisor del estructuralismo checo, al salir de Praga centra sus intereses en el legado fonológico de Trubetzkoy. Es especialmente virulenta la crítica de Volek al estructuralismo francés, que en su opinión adolece de mayor simplicidad que las propuestas de Mukařovský. El rechazo a lo francés es tal que le lleva a modificar el título de la importante conferencia «El arte como hecho semiológico», publicada originalmente en francés, por considerar que el término «semiológico» es poco pertinente y que obedece al intento del pensador checo de acercarse al ámbito intelectual francés orbitando hacia Saussure. Según Volek resulta equívoco vincular la semiótica de

Mukařovský con la semiología saussureana, que es lo que hace en su edición Jordi Llovet.

El cruce de caminos que fue Praga en los años 20 y 30 posibilitó la gestación de una teoría estética sincrética como la de Mukařovský. Ésta parte de los axiomas del Formalismo ruso, especialmente de la revisión que suponen las tesis de Jakobson y Tjnianov de 1928, con un matiz importante: lo que estas tesis formulan como relación entre series, Mukařovský lo reelabora, mediante la hibridación de la semiología saussureana con aportes fenomenológicos, al considerar la obra de arte como un hecho sígnico. Cabría añadir aquí la incorporación de las funciones del lenguaje de Bühler, a partir de las que Mukařovský plantea la función estética, y la noción sociológica de «conciencia colectiva», que toma de Durkheim. Si al paradigma saussureano del signo como la unión entre el significante –la imagen sonora– y el significado –el concepto–, le añadimos la consideración durkheimiana de la génesis social del concepto, cuya universalidad radica en su origen colectivo y posterior consolidación histórica, podemos plantear que la obra de arte, en tanto que signo, presenta dos dimensiones: el artefacto material que, como el significante, no cambia, y el objeto estético, cuyo carácter colectivo lo hace variable en función del medio social e histórico en el que se articule. Esta distinción, establecida en «El arte como hecho semiológico» (1934), es fundamental para un acercamiento al texto que comentamos.

Función, norma y valor como hechos sociales (1936) analiza los tres aspectos de lo estético que aparecen en el título. La sociología estética que Mukařovský plantea requiere la consideración en la conciencia social de un estatuto autónomo para el arte, de modo que sea posible pensar la función estética como una función distinta de las demás. De este modo se distinguen dos esferas, la de lo estético y la de lo extraestético, aunque no presentan una frontera delimitada. La función estética, cuya propiedad es aislar el objeto y llamar la atención sobre él, no es una cualidad del objeto, ya que su manifestación depende de circunstancias sociales e históricas. Uno de sus cometidos, observa el autor, es suplir otras funciones cuando los objetos las pierden, como sucede con el matiz estético que adquieren los anacronismos. Similar en el comportamiento a la función poética tal y como la definió Jakobson en 1958, la función estética puede darse en innumerables objetos sin ser dominante. Lo interesante del análisis de Mukařovský es que vincula la manifestación de la función estética a la validez de una norma estética, que es siempre resultado de la convención social. Podemos pensar en la vigencia de una poética, gusto o moda, que en determinado momento permite juzgar estéticamente objetos que en otras circunstancias históricas o sociales nunca tendrían tal consideración. Varias normas coexisten en una sociedad dada, y cada una de ellas participa del horizonte axiológico de un grupo social determinado. La norma, que es un hecho de la conciencia colectiva –entendida como el lugar de existencia de diferentes sistemas culturales que regulan las prácticas–, puede ser un factor de distinción social. La aproximación sociológica permite analizar una antinomia dialéctica: la variabilidad de la norma y su pretensión de validez absoluta. Así como en el vasto ámbito de la esfera estética las distintas normas estéticas se imponen como coordenada de

mayor obligatoriedad, en el campo específico del arte la transgresión, y no el seguimiento de la norma es lo que constituye el efecto estético. En este sentido la obra de arte resultaría de la aplicación inadecuada de la norma: la obra oscila entre el pasado y el futuro de la norma.

En este punto el análisis de Mukařovský prefigura los conceptos de «campo artístico» y «distinción» de Pierre Bourdieu al incorporar el concepto de «desautomatización» de Shklovski al análisis sociológico. En las clases dominantes es donde la transgresión –tras un primer momento de resistencia– es aceptada como actualización de la norma, pues es su renovación lo que mantiene la distinción. Las normas estéticas antiguas pasarían con el tiempo a consolidarse en la conciencia colectiva de las clases bajas, pues con el tiempo la norma se hace más comprensible. Esto no impide que pueda elevarse de nuevo como norma joven y actual.

Si el análisis de la función y la norma, redactado en 1935, se inscribía en una teoría general de lo estético, el estudio de la noción de valor estético, redactado un año después, se centra en el ámbito de lo artístico. El arte, cuya esfera es la de la transgresión de la norma como efecto estético, es el lugar de la renovación continua de los hechos estéticos. Según Mukařovský la consideración de arte –que no puede estar regulada por norma alguna– la obtiene el objeto estético del valor. En la obra coexiste un conjunto de valores no artísticos reunidos y aislados precisamente por el valor estético, que los estructura en la unidad de la obra. El valor estético funciona en este sentido de forma análoga a la teoría de los objetos enmarcados que propuso Mijail Bajtín. No importa documentar el contacto directo, pero es sabido que

Voloshinov mantuvo relaciones con Praga. En *El problema del contenido, el material y la forma en la creación literaria* (1924), Bajtín propone que la unidad de la forma enmarca el contenido y ese marco a la vez aísla y conecta los valores de la obra con los valores de la realidad extraverbal de la que participan tanto el autor-creador como el receptor. Desligados del ámbito social en el que se forman, estos valores extraartísticos mantienen una actitud dialógica orientada hacia el horizonte axiológico del receptor. Según Mukařovský, el receptor se acerca a la obra con su conjunto de valores, que establecen una tensión con los valores extraartísticos que encuentra en la obra. Cuando ambos grupos de valores concuerdan excesivamente nos encontramos ante una estética kitsch, mientras que si la discrepancia es total la obra puede dejar de verse como arte. De esta manera el objeto estético, según Mukařovský, no remite a ningún referente –no se limita a la comunicación– sino que es un signo mediador con la realidad –entendida como conjunto de valores– del receptor. La necesidad del receptor como agente del objeto estético no reduce en el análisis de Mukařovský la experiencia del arte a una cuestión individual, pues toda relación de un sujeto con el mundo presenta siempre una mediación colectiva. Su estética es en este sentido también una estética de la recepción, que dialoga con facilidad con nociones como la del «lector histórico» de Hans Robert Jauss o la «estructura apelativa de los textos» de Wolfgang Iser, quizá por compartir la reflexión fenomenológica tomada de Husserl e Ingarden.

No sería difícil articular el pensamiento de Mukařovský con las últimas propuestas de análisis sistémico de la literatura y del arte. En este sentido, la revisión del legado

del pensador checo no sólo permite ampliar la reflexión teórica, sino que ofrece además algunos instrumentos conceptuales con los que pensar las exigencias que nos presenta actualmente la literatura comparada en tiempos de la globalización.